

La Voz Náutica

Año. I

PERIÓDICO QUINCENAL

Núm. 1

Por la Montaña y su Puerto

Queriendo defender los intereses de nuestra patria chica, hoy necesitamos más que nunca, cuando los hombres en desoladoras luchas se disputan el dominio del mundo, cuando contrastando con estas teorías, otros, borran las fronteras, o pretenden borrarlas para en virtud del derecho de la libertad, imponer su voluntad a los demás, hoy que solo el trabajo constante, el amor al terruño, la unión nacional puede salvar a los pueblos de perecer por ambiciones extrañas, venimos al mundo para defender los intereses de la patria chica, pensando que todas las regiones españolas haciendo lo propio y a la sombra de la Patria madre, única, indiscutible, fuerte y próspera si nosotros así la hacemos e indigna si nuestro proceder la hace caer en situación tan lamentable, pero hoy siempre madre común, hoy solo respondiendo al deseo de verla rica y progresiva, queriendo poner el primer jalón en nuestra Montaña, Cantabria y Castellana, de historia noble y siempre patriótica, región sufrida que siempre supo llevar con dignidad su postergación, sin egoismos, pensando en un más allá, hoy queremos sumarnos a ese movimiento regional, pero siempre dentro de la unidad española.

Nuestra región, y principalmente nuestra capital, debe su vida y sobre todo aspira a que sea más próspera que hasta aquí ha sido, fomentando el movimiento comercial de nuestro puerto y a ello principalmente tiende nuestro deseo vehemente, noble y sin que banderías o causa política nos lo imponga y si solo una conciencia montañesa y más que eso aún un instinto de conservación.

Rodeado nuestro puerto de comarcas ricas, siendo éste el natural de Castilla, debemos imitar el ejemplo de nuestros vecinos los bilbaínos y gijoneses, que trabajando con una constancia grande, han sabido ponerse en condiciones in-

mejorables, mientras nosotros solo soñamos con hacer de Santander una inmensa posada cifrando nuestras esperanzas de riqueza de unos pocos días de verano que luego dejan a la capital un ambiente para el resto del año, de grandeza aparente, pero de conocido peligro, principalmente para la juventud que aficionándose a ciertos pasatiempos encuentra medio donde fundir el capital que sus padres puedan dejarles y otros lugar de descrédito y de empobrecimiento.

Nosotros sólo queremos la prosperidad de la Montaña, y de una manera muy especial el de su puerto por considerarlo como una de las fuentes mayores de ingreso, donde se emplean numerosos brazos para las diferentes faenas, abogamos por que el pabellón de Santander vuelva a sus tiempos de relativa prosperidad reconstruyendo la flota que ha sido vendida durante este periodo de prosperidad, que sus minas recobren la actividad pasada y en general, que los capitales, saliendo de su letargo funden industrias, amplien las actuales, único medio de redimir de la miseria a muchos seres que a causa de la carestía de la vida y carencia de trabajo viven miseramente sin que puedan esperar otra herencia que la de emplear sus fuerzas trabajando para defender su vida y los intereses de los capitales empleados.

Nuestro periódico tendrá secciones de deportes con los cuales simpatizamos por creer que sirve de noble esparcimiento de la juventud y contribuye a su desarrollo, admitirá trabajos literarios y será órgano de todo aquello que creamos sirva para fomentar los intereses morales y materiales de nuestra región.

Al salir a la luz pecaríamos de descortesés al no enviar un expresivo saludo a la culta prensa montañesa, la que sólo puede ver en nosotros un humilde cooperador a sus deseos y un fiel compañero que se honrará mucho con conservar la amistad que sinceramente le ofrecemos, así como nuestras columnas para todo aquello que no sea de sabor político.

¡El mar!

Noche de luna, de apacible calma,
hora soñada de melancolía,
tu silencio hablado impresiona el alma
dulce enamorada de la poesía.

Celajes brumosos en la lejanía,
velando el espejo de bruñida plata.
susurro «callado», tierna melodía,
espejo sonoro de bella cantata.

Olas rumorosas de tupido encaje,
albas penachadas de cascada espuma
extienden su velo de roto celaje
y tienen blandura de lecho de pluma

Voz diáfana pura, rugiente o mimosa
susurra sublime de dulce sirena
que tiene sonidos de voz imperiosa
y acento dolorido de amor y de pena.

Besas amorosa la ciudad dormida
con beso sumiso de amante o esclava
y das en tus besos efluvios de vida
y extiendes tus olas en el cola de páv.

Mirando tus ondas estaba extasiado
sintiendo en mi alma anhelos de amar
y un hada invisible mi mano ha guiado
y ha escrito en la arena: ¡Qué hermoso
es el mar!

MARTIN M. ACUEDA.

LA CULPA DE TODOS

¡Diz que van a volver los tristes días de las bullangas y de las revueltas! Dicen, discretísimos lectores míos, que la debilidad y el desacierto de nuestros gobiernos son el origen de esas rebeldes manifestaciones que se dejan sentir por ciudades, villas y aldeas... Y dicen grandes, aunque amargas verdades los que tal pregonan por esos periódicos de Dios: que los gobiernos de toda clase de matices, en vez de gobernar y administrar con firmeza y corrección, han acumulado obstáculo sobre obstáculo, desacierto sobre desacierto, fracaso sobre fracaso, perdiendo todas las energías y todos los nobilísimos entusiasmos.

Cierto; ciertísimo. Nuestros gobernantes con ínfulas de sagaces y clarividentes, han caminado por complicadísimas sendas y han dado con nosotros en profundo atolladero, acumulando estorbos y dificultades, que sabe Dios si lograremos vencer.

Mas no echemos todo el duro peso de la responsabilidad sobre nuestros hombres de gobierno. ¡Pecaríamos un tanto de injustos! Todos hemos aportado entorpecimientos y dificultades; todos hemos secundado esa triste campaña de decaimiento nacional y puesto fuerte barrera al resurgimiento y a la grandeza. Nosotros mismos hemos construido los pesados eslabones que forman la cadena de miserias que arrastramos resignadamente.

Nos hemos dormido apaciblemente en el mullido lecho de la indiferencia, las banderías políticas nos han traído como orates por calles y plazas, lanzando desgarradas voces, alabando o censurando la obra de nuestros estadistas. La inclemente guerra vino a aumentar nuestras luchas y discordias, y para colmo de desventuras, la pícara política callejera embebió nuestros sentidos todos, de tal suerte, que dimos al traste con esa otra política de actividad que quiere más de magnas soluciones y de ventajosas leyes, que no de controversias inútiles, ni de acaloradas discusiones que suelen terminar lastimosamente.

¡Menguada política la del siglo XXI!... Por un lado los funestos caciques trabajando incansablemente para invadir con sus desafueros y sus injusticias, nuestras ciudades y nuestras aldeas; por otro lado los vividores políticos, fomentadores de discordias y de revueltas callejeras, lanzando a sus prosélitos necias catilinarias con su luengo cortejo de maldades y de engaños: aquí una muchedumbre de serviles egoístas que sin parar mientes, en los gritos de su conciencia marchan tras los «dulces yantares», doblando la cerviz, como pícaros redomados, ante la figura repulsiva y antipática de otro vividor político de más alta estofa; allí los indiferentes, los impasibles, los medrosos, dignísimos descendientes y aprovechados discípulos de Sancho el socarrón, más allá los que se arrastran para escalar retribuidos puestos y trocar la humildísima «olla» por soculento banquete...

¡Menguada política, lectores míos! Ados los nobilísimos principios que tenían por norma el sacri-

ficio por el bien común, muertas aquellas sanas costumbres fundamentadas en la lealtad y en el amor, desvanecidas para siempre las sanas doctrinas que indaban como norma de conducta manifestar siempre la idea que fuera fiel reflejo de la voz de la conciencia, nos lanzamos en desenfrenada carrera por torcidos senderos, sembrados de odios y de rencores sin detenernos a reflexionar cuál será el fin de esta jornada de violencias, coacciones y desaciertos...

Las gentes de orden deben unirse y luchar incansablemente en pro de la tranquilidad pública, harto vejada y escarnecida en estos últimos años.

Los amantes del bienestar nacional deben buscar en el sacrificio y en la lucha honrada, el aniquilamiento de los que sugestionados por la maldad quieren convertir el noble solar ibérico en un coso de fechorías y vilezas.

Piensen bien los españoles de nuestro siglo en los grandes desconcertos que puede acarrear el triunfo de los revoltosos: piensen y mediten detenidamente y animados por los inefables impulsos del amor patrio, láncense a sembrar por nuestra amantísima tierra, santas doctrinas de amor y de justicia que sirvan de inquebrantable dique al impetuoso torrente que amenaza desquiciar los cimientos de la vida nacional.

Quiera Dios que los hombres de buena voluntad, sin contacto con esas ruindades de la política al uso, tengan un gesto heroico y arremetiendo con arrojo contra las masas tumultarias, rompan los antiguos moldes y den nuevo rumbo a la vida nacional, dando al traste con la indecorosa política aderezada con las más desmedidas de las inmoralidades y de las ambiciones.

MANUEL LLANO.

Libro de Horas

I

FRENTE AL MAR

El mar se halla dormido en un solemne sueño de arrogante quietud. Está muy bello el mar. A esta hora parece que le arrulla un ensueño o que está entretenido en un largo rezar.

El sol finje al ponerse un brazado de rosas sangrantes en la clara fulguración del cielo, y la brisa murmura palabras misteriosas que dicen del encanto de algún remoto anhelo.

Muy bello el paisaje; muy bella la ribera desdoblándose en pliegues extensos de verdura y muy bella la playa como una carretera, caliginosa y recta, interminable y dura.

Cuando estoy ante el mar yo no sé qué lejana ansiedad me acomete y llega a endolorarme; un deseo de saber secretos del mañana, una ambición pidiendo lo que no pueden darme.

Es muy triste y horrible esta sed de lo ignoto, sobre todo mirando la inmensidad del mar, y viendo nuestra nave sin timón ni piloto en el mar de la vida próximo a naufragar.

Así como es el mar, mi espíritu es así: sereno, si le abruma la luz de unos amores, abroncado, rugiente y tremebundo, si lo agitan las supremas tormentas interiores.

¿No contemplásteis nunca el esfuerzo del mar azotando los peñas en las noches sin luna?

¿Y no oísteis el eco de su bronco cantar cuando todos sus nervios de gran coloso auna?

Pues él nos cuenta entonces todas sus elaciones, todas sus ansias locas de eterno poderío, porque el mar solo es eso: un sueño de ambiciones para sorberlo todo igual que sorbe al río.

Por eso el mar es grande, borracho de infinito